

GACETA DEL ÁNGEL

Viaje al corazón del frío II

GERMÁN DEHESA



Ustedes quizá ya no se acuerden, pero alguna vez el Periférico fue una vía rápida y no como ahora que es un lugar donde venden morelianas, tres plumas atómicas por diez pesos, gorditas de nata y mil chunches “para bromas, vaciladas” y donde los mexicanos se sienten en el patio de su casa y las señoras “cambian” a sus pestilentes bebés que todos tienen cara de ser hijos del Embajador de Zambia. Julio Cortázar cuando escribió “Autopista del Sur” no puede haber imaginado esta versión urbana, cotidiana y tenochca de su relato.

Pero en aquellos tiempos, el Periférico, como dije, todavía era vía rápida y válido de mi meteórico Datsun Bluebird llamado “Filiberto” me materialicé en un periquete en las sobrias instalaciones de la Secretaría de la Defensa. Una vez que llegué, no supe qué hacer; me estacioné frente a la escalinata principal y puse una de mis mejores caras de idiota. Un soldado bajó diligentemente, se aproximó a la ventanilla del Datsun y me preguntó: ¿es usted Don Germán Dehesa?. Sí, señor. Haga usted

el favor de seguirme. ¿Con todo y coche?. No, señor, el coche se queda. Mientras él decía esto, otro diligente discípulo de Marte me abrió la puerta de Filiberto y se disponía a abordarlo. Yo pensaba: ¿será de confianza este chango?. No crean que yo suelo ser así de desconfiado, pero es que a Filiberto ya se lo habían robado tres veces y siempre aparecía en un estado hartito ruinoso. También pensé: pues si se lo roban otra vez, ya ni modo; pero me va a dar mucho coraje verlo pintado de verde olivo convertido en el carro insignia de nuestras fuerzas armadas. Olvidé el asunto, con atlético paso subí las escaleras y en compañía del sargento Pirita (no se apellidaba así, pero odio a los personajes sin nombre) ingresé a las recias e imponentes instalaciones de la Secretaría de la Defensa. No recuerdo nuestro trayecto por corredores y pasillos, recuerdo que Pirita me comentó que el General Tururú ya me estaba esperando y mientras subíamos y bajábamos mi angustia iba in crescendo. No sé por qué me dio por pensar que tenían ahí en la Defensa un patio de atrás con paredón y todo, para deshacerse de las visitas no gratas o desafectas a la milicia. Por fin llegamos al escritorio del teniente Tungste-

no que de inmediato se puso de pie, me saludó muy afectuoso y me dijo las palabras mágicas: mi General Tururú ya lo espera. Por fin cruzamos el umbral del tabernáculo. Se trataba de una oficina con sus estanterías de finas maderas, su alfombra pachona y al centro: un escritorio que tenía el tamaño reglamentario de una cancha de fútbol rápido. Todo en perfecto orden. Parado detrás del escritorio en pose de Miguel Hidalgo estaba el General Tururú (que con el tiempo se convertiría en mi amigo Quique el Mudancero) quien me extendió su mano franca (y lo ha hecho en junio como en enero), me invitó a sentarme (primero me soltó la mano) y comencé a salmodiar mis disculpas por mis bromas a la clase militar. Oiga, yo no lo invité para regañarlo. Pues es que todos sus colegas están muy enojados conmigo. Allá ellos. Yo disfruto sus artículos, Don Germán y lo llamé para otra cosa... ¿Para qué me llamó?, eso lo contaré luego.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDCLI (1651)
MONTIEL.**

Cualquier correspondencia con esta columna reconstructiva, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

